

Ariadna y el guardián del mar

©2020, Dámaris Navarro Torregrosa por el texto
©2020, David Rodríguez Lorenzo por las ilustraciones

Corrección: Consuelo López Moya
Diseño y maquetación: Fun Readers, S.L.

©2021, Fun Readers Editorial , S.L.
C/ La Landrona, 2
03380 - Bigastro (Alicante)
info@funreaders.es
www.funreaders.es

Primera edición: Marzo 2021
ISBN: 978-84-123232-1-4
Depósito Legal: A 64-2021

Impreso en España - Printed in Spain
Reservados todos los derechos

Dámaris Navarro Torregrosa
Ilustrado por David Rodríguez Lorenzo



*A Dámaris, Ulises y Diana, quienes me han permitido
conocer la magnitud infinita del amor maternal. Un amor
que vuelve insignificantes a las profundidades marinas.*

Quien lo probó lo sabe.

Dámaris Navarro Torregrosa

1

La isla de San Pedro

La isla de San Pedro se encontraba en los albores del verano y sus escasos pobladores, la mayoría hijos de pescadores y tejedoras de redes, se preparaban para la llegada de los turistas.

Los restaurantes sacaban sus mesas y sillas a las terrazas y colocaban en un lugar visible las pizarras trilingües con los menús y precios que abrirían el apetito de los visitantes.

Los escaparates de las tiendas de recuerdos exponían, junto a los atemporales posavazos, llaveros y postales, maniqués vestidos con bermudas y camisetas estampadas con la silueta de la isla.

En el puerto, un joven con la piel bronceada por el sol isleño deslizaba un rodillo impregnado en pintura blanca sobre el casco de un barco de pasajeros.

Entre tanto, los escolares, entusiasmados por las vacaciones de verano recién estrenadas, transitaban las rocas provistos de cubos y redes para capturar cangrejos. Sus madres los observaban mientras paseaban por el espigón, sujetándose las faldas que levantaba sin pudor la brisa del puerto.

Los graznidos de las gaviotas, que planeaban al acecho de los desechos de las barcas pesqueras, acompañaban la actividad de la isla.

Era un ajetreo placentero, pues el rumor de las olas, al que estaban acostumbrados los oídos de los isleños, invitaba a la calma, a los pasos lentos y a las conversaciones sin prisas.

Hacia allí se dirigía la lancha en la que viajaba Ariadna en compañía de sus padres. Bajo la visera de la gorra, sus vivaces ojos pardos contemplaban la isla en la distancia. Su pelo castaño estaba repleto de pequeños rizos que se desplegaban como un abanico hasta la altura de sus dos huesudos hombros. Igual de pronunciadas eran las rodillas, que despuntaban en medio de sus largas piernas, y chocaban entre sí, inquietas. A sus once años, Ariadna no había visitado jamás una isla y la emoción, acumulada durante el viaje, crecía a medida que se aproximaban a su destino.

—¿Se quedarán mucho tiempo en la isla? —quiso saber el taxista que pilotaba la lancha.

—Los dos meses de verano —contestó amablemente Marisa, la madre de Ariadna.

La joven era una réplica casi idéntica de su madre, pues había heredado de ella la figura larguirucha y la voluminosa melena ensortijada. El padre, Roberto, llevaba el pelo igual de largo que ellas, solo que liso, salpicado de canas y recogido en una coleta. Unas gafas redondas con cristales verdosos completaban su fisonomía.

—Pues no parece que vengan de turismo —continuó diciendo el taxista, mientras miraba de reojo las fundas de las cámaras que transportaban sus tres pasajeros.

Ariadna y su padre intercambiaron una mirada. Les divertía la curiosidad que mostraba el taxista por conocer el motivo de su visita a la isla.

—Venimos a grabar un documental de la reserva marina natural —explicó Marisa.

—¡Así que son gente del cine! Tendría yo treinta años cuando se grabó una película en la isla. Me pidieron que saliera de fondo; y yo dije que sí, faltaría más. Hacía de bañista en la playa Grande...

—Lo que nosotros filmamos no son exactamente películas —repuso ella—. En realidad, somos biólogos marinos. Nos dedicamos a grabar el fondo del mar y las especies que lo habitan.

Cierta desilusión se dibujó en el rostro bronceado del taxista, quien después de quitarse un instante la gorra para atuarse el pelo, siguió empeñado en darles conversación.

—Hace un par de meses transporté a un científico, poco hablador, que también venía a investigar la vida marina.

—Sería el profesor Lupiáñez; es compañero nuestro. Somos del mismo grupo de investigación. De hecho, está esperando nuestra llegada.

—Ya me lo imaginaba... Con eso de ser el único taxista de la isla, controlo quién entra y quién sale —presumió, orgulloso de haber asociado a sus pasajeros con el profesor—. Estamos ya muy cerca. Miren, desde aquí se distingue toda la isla.

La isla de San Pedro se extendía ante sus ojos, con sus espigadas palmeras y los torcidos troncos de sus pinos. Una erosionada muralla la rodeaba, elevándose y descendiendo, para seguir la línea de acantilados y playas.

El taxista atracó la lancha en el muelle, mientras sus pasajeros escudriñaban el lugar con la mirada del recién llegado. Después de tenderles la mano para ayudarles a desembarcar, Salvador, que así se llamaba el taxista, bajó el aparatoso equipaje.

—Si por casualidad quieren alquilar una vivienda —dijo, en tono de despedida—, les recomiendo que hablen con Nicolasa. A su amigo, el profesor, le ha alquilado una casa en los acantilados. Y alzó la barbilla en dirección a una señora de pelo corto y de unos cincuenta años de edad que, sentada en un banco del paseo del puerto, los esperaba.

Los isleños que trabajaban o paseaban por el puerto no les quitaban ojo a los tres recién llegados. Por la abundancia del equipaje, adivinaban que los biólogos y su hija no eran excursionistas de los que iban a pasar el día a la isla. Por eso mismo, su llegada despertaba interés en una isla pequeña donde todos se conocían.

Mientras caminaban al encuentro de la señora, Ariadna se embelesaba mirando los barcos del puerto. Su curiosidad de buena lectora no le permitía pasar de largo sin leer los nombres de las barcas de los pescadores. Le llamó la atención que muchas de ellas tuvieran nombres de mujer; nombres que con toda seguridad pertenecían a las esposas, hijas o madres de los pescadores. Esas barquitas le parecían tan vulnerables al azote de las olas que su mente las imaginó lidiando en medio de una tormenta.

—Buenas tardes —oyó decir a su madre—. Nos han indicado que usted tiene viviendas en alquiler y nosotros queremos alquilar una casa para lo que queda de junio hasta el 31 de agosto.

La señora Nicolasa estaba complacida ante la inesperada llegada de aquella familia, pues otros años no había conseguido alquilar ninguna vivienda hasta bien entrado el verano.

—Puedo ofrecerles una casa en la plaza de la iglesia...

La madre de Ariadna sabía manejarse muy bien en este tipo de cosas, pues era una mujer hábil y segura de sí misma. Mientras ella decidía con la señora Nicolasa qué vivienda se ajustaba más a sus necesidades, Roberto, que confiaba plenamente en las gestiones de su mujer, prefirió mantenerse al margen para pasear la mirada por el puerto e intercambiar con su hija unas primeras impresiones sobre la isla.

—Parece una isla muy pequeña, papá. Algo así como un pueblo, solo que en medio del mar.

—Esto está más aislado de lo que parece. Piensa que la única forma de salir de la isla es coger un barco que tarda una hora en llegar a tierra.

—¿Y cuando haya tormenta?

—Supongo que usarán helicópteros para las emergencias.

—¡Da miedo pensarlo!

Momentos después, Marisa anunció: «Vamos a seguir a la señora Nicolasa. Nos va a enseñar una casa que hay en la plaza de la iglesia». Padre e hija siguieron, como hipnotizados por el entorno, a las dos señoras que salían del puerto para adentrarse en una calle sin asfaltar. El padre cargaba sobre los hombros dos voluminosas fundas negras, que contenían las cámaras subacuáticas. La madre y la hija, en cambio, tiraban de una maleta de ruedas cada una. A medida que se alejaban del mar, iban encontrando menos gente a su paso y era mayor el silencio, roto únicamente por el ruido del contacto de las ruedas con el suelo.

Con la mano que le quedaba libre, Marisa telefoneaba al profesor Lupiáñez, sin conseguir que este contestara a su lla-

mada. La ausencia de respuesta la desconcertaba, pues había quedado con él en llamarlo nada más desembarcar, ya que el profesor, que llevaba dos meses en San Pedro, se había brindado a enseñarles la isla.

Las casas, a ambos lados de la calle, eran de una única altura, dos a lo sumo, por lo que la torre de la iglesia se divisaba desde cualquier punto de la isla.

—¿No os da la impresión de que estamos en otra época? Como en el pasado —observó Ariadna.

Nicolasa parecía haber estado esperando este momento para pronunciar unas palabras que le había escuchado decir una vez a una guía turística: «La vida aquí es muy diferente. Tenemos luz, teléfono y hasta Internet. Pero mirad a vuestro alrededor y decidme si veis algún coche». Tras una breve pausa, para asegurarse la expectación, prosiguió: «No los encontraréis porque en San Pedro no hay coches. Las distancias son tan cortas que no los necesitamos».

2

La casa frente a la iglesia

Después de hacer un recorrido rápido por la casa, los padres de Ariadna decidieron alquilarla.

Era una vieja casona de dos plantas con más habitaciones de las que necesitaban. En contrapartida, se encontraba en la plaza principal del pueblo, frente a la iglesia. Había además dos restaurantes, una tienda de comestibles y otras viviendas. Saberse rodeados de vecinos en un lugar tan recóndito como aquel era un alivio, pues nunca se sabía si iban a requerir la ayuda de alguien.

A pesar de todo, era evidente que la casa necesitaba una limpieza. Llevaba cerrada a cal y canto desde el verano anterior y, en todo ese tiempo, no había entrado el aire fresco. Por eso, Nicolasa no dejaba de repetirles: «Cuando la limpiemos y la aireemos, la casa parecerá otra». Ariadna hacía un esfuerzo por creerla. Acostumbrada a vivir en un piso pequeño y funcional, la amplitud de las habitaciones y los oscuros muebles torneados la intimidaban. Escogió el dormitorio más pequeño, a pesar de lo cual cabía holgadamente una cama de las llamadas de matrimonio, una mesita de noche, un armario, una cómoda con espejo y un viejo arcón que enseguida atrajo su atención.

En cuanto pudo quedarse sola en la habitación, hizo girar la llave que abría la cerradura del arcón. Pero en ese momento su padre llamó a la puerta. Ella se apresuró a cerrarlo e invitó a su padre a pasar.

—¿Qué me dices? ¿Te gusta la casa?

3

La noche de San Juan

Dijera lo que dijese no había vuelta atrás, ya que había oído a sus padres firmar el contrato de alquiler para algo más de dos meses. Por lo tanto, Ariadna prefirió contentar a su padre e hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—¿Cuántos años crees que tiene esta casa, papá?

—¿Por qué lo preguntas? ¿No te gusta el misterio de las casas antiguas? —respondió, haciendo crecer la desconfianza de la joven.

—En las pelis y en los libros, sí. Pero en la vida real, no estoy tan segura.

Roberto miró con dulzura a su hija. Estar intranquila cuando acababa de llegar a un sitio desconocido era propio de su juventud.

—Bueno, bueno —dijo con la misma voz tranquilizadora que empleaba cuando era pequeña—, la señora Nicolasa ya ha avisado a unas personas para que vengan a limpiar la casa. Así que nosotros tres vamos a buscar un restaurante donde comer y luego exploraremos la isla. Cuando volvamos por la noche, a esta casa le habrán quitado mucho polvo y misterios de encima.

Después de serenar a su hija, Roberto se sintió bien. Últimamente, hablaba con Ariadna como se hablaba con los adultos. Notaba que a ella le gustaba que la considerasen mayor y se esforzaba por tratarla como si lo fuera. Pero en lo más íntimo de su ser, su padre echaba de menos la sensación de cuidarla como a una niña.

Al ser los primeros clientes del día, la camarera del restaurante Tiburón —una joven con una melena larga y morena, que sujetaba en una coleta— les prodigó toda suerte de atenciones; les sirvió buen pescado y los invitó a participar en una fiesta que se celebraba al anochecer en la isla.

—Esta noche es la Noche de San Juan —les contó, mientras retiraba los platos vacíos—. Cada 23 de junio, nos reunimos por la noche en torno a una hoguera que encendemos en la playa Grande. Los abuelos y los pescadores cuentan historias bajo la luz de la luna y cuando el reloj da las doce quemamos en el fuego papeles que llevan escritos nuestros deseos.

Compartir la Noche de San Juan con los lugareños les pareció una buena manera de hacer amistades. Como eran nuevos en la isla, pensaban que tenían que poner todo de su parte para ser bien recibidos. Así que, al caer el sol, la familia acudió a la playa Grande.

Al no proceder de un pueblo costero, eran ajenos a la costumbre de celebrar junto al mar el paso de la primavera al verano, o lo que es lo mismo, la Noche de San Juan. Quizá por ello, les entusiasmaba la idea de escuchar relatos de boca de viejos marineros.

Había reunidas en la playa unas veinte personas, cifra que se fue incrementando según el reloj de la iglesia se acercaba a las doce. Entre los asistentes estaban: la señora

Nicolasa; Salvador, el taxista; y Juana, la camarera que tan primorosamente los había informado de la cita que tenían los isleños esa noche.

Sentados en sillas plegables, sobre esterillas o directamente en la arena de la playa, los lugareños conversaban alegremente. Un fuego encendido en un bidón iluminaba el círculo humano. Había refrescado y, aunque el calor de la hoguera se hacía sentir, algunos se cubrían los hombros con rebecas. Circulaba comida y bebida por doquier y, entre las risas y parloteos de unos y de otras, no dejaba de escucharse el constante crujir de cáscaras de pipas, así como el griterío de unos niños que, algo alejados del grupo principal, jugaban a perseguirse.

Nada más verlos aparecer, la camarera del restaurante Tiburón los invitó a sentarse sobre unas esterillas que había extendido a su lado. Ellos le agradecieron el gesto, pues estaban cohibidos, ya que no conocían a casi nadie y, justo antes de la invitación de Juana, dudaban sobre dónde acomodarse.

Juana les puso en la mano un bolígrafo y unos trozos de papel en blanco donde debían escribir su deseo personal. Ariadna, que se había descalzado para sentir bajo sus pies desnudos el contacto de la arena fresca, escribió instintivamente: «Que este verano sea inolvidable». Después plegó el papel y esperó a que hubiera algunos deseos ardiendo en la hoguera para levantarse a depositar el suyo. Sentada de nuevo sobre la esterilla, se entretuvo en contemplar cómo los papeles avivaban el fuego.

—¿Puedo?

Ariadna se giró. Había sentido, además de la pregunta, una suave llamada en su hombro izquierdo. Detrás de ella había un joven, más o menos de su edad, que le había hablado con acento extranjero. Era un chico guapísimo: de cuerpo estilizado, de piel y pelo morenos y con unos ojos negros rasgados, que se perdían bajo las largas pestañas que los acogían. Quería saber si a ella le importaba que apoyase sobre su espalda el papel para poder escribir mejor. Si bien, pronunciada la pregunta, el muchacho no esperó respuesta; quizás porque Ariadna estaba tan turbada que no sabía qué contestar. El caso es que la fina camiseta de verano que vestía ella le permitió sentir los trazos del bolígrafo sobre su espalda. El atrevimiento del joven y lo atractivo que era justificaban el rubor que Ariadna sentía sobre sus mejillas. Solo esperaba que, en la oscuridad de la noche, nadie notase que se había sonrojado.

De repente, las campanadas del reloj de la iglesia la sacaron de su hipnosis. Era medianoche. Los isleños arrancaron a aplaudir y a abrazarse porque, desde ese momento, quedaba inaugurada la temporada de verano. En unos días, el aire comenzaría a oler a bronceador, pues una muchedumbre de turistas desembarcaría en el puerto de la isla para bullir por sus calles y sus playas.

En esos momentos de júbilo y celebración en la playa Grande, un viejo se acercaba al grupo de lugareños con paso lento pero decidido. La longitud de sus brazos era desproporcionada en comparación con sus piernas cortas y arqueadas, lo cual, en medio de la penumbra, otorgaba a su silueta un aspecto tenebroso.



Poco a poco, se fue haciendo el silencio y las miradas confluyeron en el recién llegado, quien desplegó una silla para sentarse entre los vecinos. Una barba larga y enmarañada ocultaba parte de su rostro. Pero, al observarlo de cerca, a la luz de la hoguera, podía verse que su arrugada piel estaba manchada por una enorme marca de nacimiento del color del vino, que le cubría todo el perfil derecho. Como a tantos otros instalados en la ancianidad, los años le habían hundido las mejillas, lo cual enfatizaba sus ojos diminutos de color azul celeste que parecían querer penetrar en el pensamiento de aquel al que observaban. Sin duda, era un rostro frente al que costaba sostener la mirada.

—Es el tío Jeromo, un viejo pescador —les susurró Juana—. Cada Noche de San Juan, toma la palabra para contarnos historias del mar que son medio reales medio leyendas.

Las familias con niños pequeños habían abandonado ya la fiesta. Entonces pudo oírse la voz de Juana, haciéndole una petición al pescador, mientras jugueteaba con su larga coleta morena: «Empiece por contarnos la leyenda de la Noche de San Juan». La propuesta fue secundada por otras voces: «Eso sí, queremos oír la historia de los niños desaparecidos».

—¡Por todos los demonios! ¡No os cansáis de escuchar esa historia! —gruñó el tío Jeromo.

Mas se quitó la gorra marinera que le cubría la cabeza, se aclaró su grave voz y comenzó a narrar:

«Escuchadme. Ocurrió hace más de trescientos años en una Noche de San Juan, cuando las gentes sencillas se juntaban alrededor del fuego. La isla de San Pedro había sido siempre un lugar tranquilo, donde uno podía vivir en paz y ser

confiado, hasta que esa noche la desgracia arribó a nuestras costas. Fue de madrugada. Mientras que en la playa Grande se celebraba la Noche de San Juan, los críos habían ido a jugar a la cala de las Conchas. La noche fue poniéndose mala. Los relámpagos, que anunciaban tormenta, estaban cada vez más cerca y un frío, nada propio del mes de junio, amenazaba con jorobarles la fiesta. Cuando las primeras gotas de lluvia apagaron la hoguera, los padres fueron en busca de sus hijos para resguardarlos de la lluvia, pero para entonces, en la cala de las Conchas, ya no había ni rastro de ellos. Toda la noche los buscaron sus padres por la isla, sin hallar a ninguno de los diecisiete críos que vivían en San Pedro. Los que tenían barca, la sacaron, a pesar del temporal, para buscarlos en el agua. Entonces fue cuando lo vieron. Cuentan que un rayo iluminó la superficie de las aguas, mostrando a un ser del tamaño de dos hombres juntos, con el cuerpo cubierto de algas y dos espantosos ojos amarillos. Estaban convencidos de que no podía tratarse de un simple animal, sino más bien de una existencia desconocida que había venido de los tenebrosos abismos para llevarse a nuestros niños. Todos los habitantes de la isla coincidían al decir que el frío que sentían en sus cuerpos esa madrugada no podía quitarse con ninguna manta, porque no era de este mundo.

»El sufrimiento entró en cada casa de San Pedro. Hombres de bien abandonaron su actividad diaria, dejando a sus mujeres en la casa, sin sustento, para buscar a los críos durante nueve meses. Padres, hermanos y abuelos llegaron a adentrarse en aguas muy profundas sobre sus pobres barcas; algo que ningún hombre de mar se hubiera aventurado a hacer, de no haber estado poseído por la desesperación de esas gentes. Nueve meses interminables transcurrieron hasta que dieron

a los críos por muertos. Muchas veces el mar se ha llevado los cuerpos de pescadores ahogados, sin dejar a las familias el consuelo de darles sepultura. Pero esta vez eran diecisiete los críos desaparecidos. Estaréis de acuerdo conmigo en esto: ¡cuesta creer que se hubieran ahogado y que ni uno solo de los cuerpos hubiera regresado a la isla con el oleaje! Se dice que, al tiempo, encontraron en la playa zapatos de pequeño tamaño. ¡Pero ni uno solo de los cuerpos!

»Uno de los críos desaparecidos era un niño rico, al que llamaban el Marquesito. Su padre, el marqués, mandó esculpir en el cementerio una escultura de los niños perdidos. Así, las familias tuvieron un lugar donde llorarlos. Pero lo cierto es que nunca nadie supo lo que ocurrió con los niños desaparecidos en la Noche de San Juan».